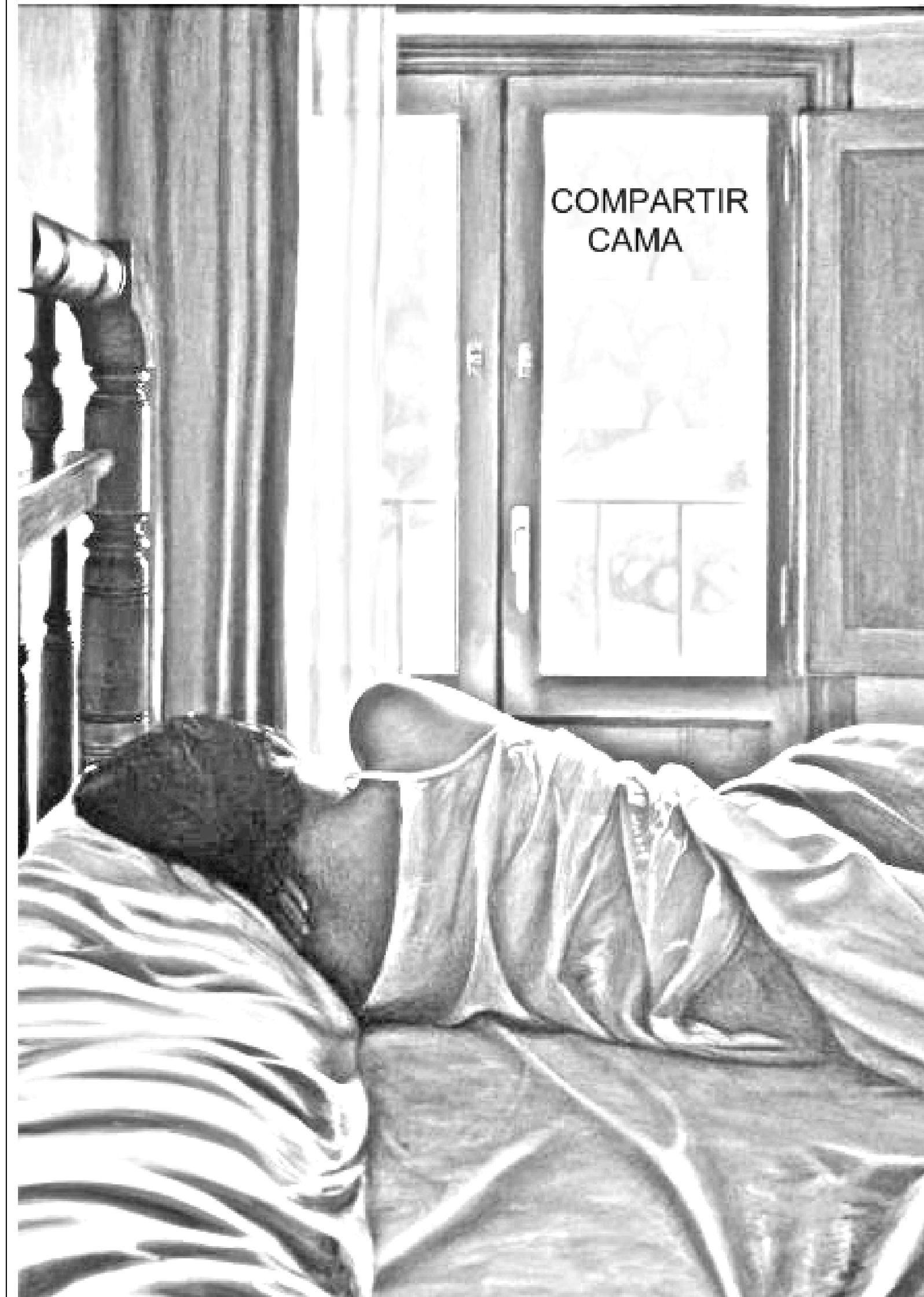


COMPARTIR  
CAMA



¿Y por qué no te la metes en un tarro de formol para tu otra vida?

Leído así puede resultar chocante, y más que nada soez, lo reconozco, pero es que no he encontrado otra manera mejor de empezar este relato. Es más, creo que no hay otra forma de hacerlo.

Y es que, ese día, el pobre Mariano se quedó de piedra... Jamás hubiera esperado semejante respuesta.

Ese día se había despertado a las cinco de la mañana - cosa nada normal en él, que acostumbraba a dormir a pierna suelta hasta que el despertador le hiciera abrir los ojos. Mariano era un hombre de costumbres – la mayoría ya muy arraigadas - que le impedían dormirse antes de que Jose Ramón de la Morena le diera las buenas noches al final de su programa.

Por eso no podía conciliar el sueño a esas horas extrañas para él... le faltaba su canción de cuna que no era otra que la propia sintonía del programa de radio.

Siempre dormía a pierna suelta, y ni siquiera un terremoto – y no es una mera frase hecha ya que en una ocasión sucedió – sería capaz de alejarle de su placer favorito. Pero, si por un casual, despertaba en medio de la noche ya no podía volver a dormirse. Por suerte le había pasado muy pocas veces, pero cuando así sucedía se ponía muy nervioso... llegando incluso a asustarse.

Lo que más le molestaba era que al día siguiente era sábado, y era el único día de la semana que no tenía que levantarse a las seis y media, cuando aún era de noche.

Al despertarse junto a su esposa, con la que llevaba más de treinta años casado, bostezó. Mirando la oscuridad que no era capaz de atravesar el cristal de la ventana intentó volver a quedarse dormido, pero ya supo, de antemano, que no sería tan fácil.

Aburrido, recordó aquella vez que Miriam sufrió de insomnio. La de veces que habían hecho el amor a esas horas en esa misma cama.

Durante un año entero que lo sufrió, él lo compartió con ella, y, como hombre enamorado y cuidadoso de su esposa, estuvo junto a ella, intentando hacerle pasar mejor esos ratos largos, aburridos y monótonos.

Durante esos ratos hablaban de cualquier cosa – solía ser de los niños, esos desagradecidos que ya hacía un tiempo les habían abandonado – se abrazaban, y él aprovechaba para acariciar las redondeces de su cuerpo, un cuerpo que siempre conseguía emocionarle y excitarle como ningún otro... al menos en esa cama.

Que él consiguiera finalmente un placer altamente deseado era lo de menos. Lo importante era ella... y sobre todo hacerle sobrellevar ese maldito insomnio que nadie sabía de dónde provenía.

Pero – como él mismo decía – a nadie le amargaba un dulce, y no había mal que por bien no viniera...

Recordándolo, e intentando recordar también la última vez que habían hecho el amor en esa cama – y no a esas horas, sino a cualquier otra – tuvo que darse por vencido porque esa última vez estaba tan lejana como difícil de concretar.

Intentándolo a base de esfuerzo y concentración creyó que la última vez fue después de la boda de su sobrino Jaime.

De eso hacía... ni lo recordaba. Lo que sí recordaba era que Jaime ya se había divorciado.

¡Un año entero! – pensó, recordando aquellos años dorados, cuando tenía más fuerza, y también más pelo y menos barriga, llegando a echarlos de menos.

¿Qué nos ha pasado? – pensó, sin ser capaz de encontrar una respuesta lógica, pues tampoco eran muy diferentes a las demás parejas que conocían.

Nunca habían sido una pareja cariñosa en público. Es más, le costaría mucho trabajo recordar un abrazo o un beso dado así, sin más, uno que no hubiera nacido para premiar una acción previa, o para perseguir ese objetivo final que solía ser la cópula.

En cambio, cuando estaban a solas en su habitación, sí que habían sido un torrente de pasión desenfadada, sin miedos, sin ningún tipo de tabúes, y buscadores de todo tipo de placeres, inimaginables para la mayoría de la gente de su generación, y de su entorno más cercano.

Esa noche de la boda de su sobrino Jaime, Miriam había bebido mucho. Él más aún, pero podía recordarlo todo... o eso creía.

A pesar de sus kilos de más – que los había por todas partes de su cuerpo – ese vestido rojo la hacía muy atractiva. Y no sólo para él. Eran muchos los que la miraban esa noche, y es que tenía un aire especial que la hacía brillar sobre manera. Sin duda, ese vestido era el más acertado de toda la fiesta.

Ambos bebieron más de la cuenta aprovechando que dormirían en el hotel de la celebración. Por suerte, su hijo mayor les había dejado la noche libre al dejar al primero de sus nietos con los otros abuelos.

Al llegar a la habitación el alcohol actuó por ellos y pasaron una noche memorable, volviendo a viejas tradiciones que en ese tiempo les parecían meras perversiones.

Una vez más, al recordar como destrozó el vestido con sus propias manos, volvió a sentirse joven, mirando a su esposa, que dormía al otro lado de la cama, tapada con las mantas hasta las orejas y con el pelo alborotado y manchado por algunas canas.

Ya mismo tendría que volver a la peluquería de María, esa vieja chismosa que no dejaba de recordarle que él nunca fue un buen partido para ella.

- Con lo guapa que tú has sido siempre, y con quien fuiste a casarte...

La imagen cansada y alejada de su esposa, con ese pijama verde de franela, la hacía parecer más un guardia civil que la mujer con quien retozar como aquella mágica noche de la boda de su sobrino Jaime.

- Lástima – pensó, alejando la mirada de Miriam, mientras también se iban alejando las últimas imágenes que aún guardaba de aquella mágica noche de sexo oral.

Lo que no sabía aún – y nunca lo sabría - era que esa aventura nunca existió, y si la recordaba con tanta alegría y excitación, era precisamente porque todo fue un sueño producido, dirigido e interpretado por su calenturienta y alcohólica imaginación, que solía gastarle malas jugadas.

Si fuera capaz de concentrarse más de para lo que estaba capacitado se habría dado cuenta que esa Miriam del vestido rojo que rompió en la cama con sus propias manos era mucho más joven, delgada, e incluso guapa.

Si se acercara también al armario de Miriam comprendería más aún su error. Ese vestido seguía colgado junto a los otros. Y no tenía roto ni un tirante.

¿Y su barriga plana? ¿dónde estaba esa barriga plana y esa cantidad de pelo que recordaba al mirarse en el espejo mientras la poseía?

Definitivamente, nuestro amigo Mariano no era muy observador... Quizás por eso era tan feliz.

Recuperando una libido, disfrazada de mentira, volvió a meterse bajo esas mantas calientes, e intentó abrazarse a ella – haciéndole la sillita que tanto le gustaba al principio de su matrimonio, cuando dormían abrazados, a pesar de resultar bastante incómodo.

Por más que lo intentó no fue capaz de encontrar la postura idónea.

Si no le dolía una mano, no sabía donde poner la otra. Si no, era su barriga la que le impedía acercarse a ella como hacía entonces, y para colmo estaba ese pijama de lana verde que Miriam siempre llevaba, y que a él le impedía acariciarla como le hubiera gustado.

- Joder – se dijo, incorporándose sobre la cama, y mirando a su esposa como se mira a un puzzle para intentar saber donde colocar la pieza que tiene entre sus dedos.

Intentando meter la mano por el apretado pijama ella se despertó

- Tienes las manos heladas – dijo, volviendo a cerrar los ojos, haciendo que sacara sus manos del interior de su pijama con suaves movimientos de culo y espalda.

Pero Mariano no iba a detenerse allí. El gran Mariano, y su amigo marianín volvían a viajar juntos, y ambos tenían ganas de volver a sentirse jóvenes.

Ahora solo faltaba domar a esa potra salvaje que no dudaría en darle una coza si no actuaba con tino.

Calentando sus manos – frotándolas – volvió a adentrarlas en el pijama. Primero, para estar seguro, las posó sobre sus propios muslos.

Quiso acariciar su culo, pero la braga que llevaba era tan grande como casi el pijama.

Acercando la mano por el vientre llegó hasta uno de sus senos.

Ella, dormida pero alerta, no tardó en cubrirlos con ayuda de sus codos, colocando una barrera que él supo que sería casi imposible sobrepasar.

Con sigilo intentó el acercamiento de otra manera, intentando frotar suavemente sus pies con los de ella. Eso siempre le había gustado, aunque no supiera por qué – nunca se atrevió a preguntárselo - pero ahora dormía con calcetines de lana gruesa.

Una vez más intentó adentrar su mano por el pijama

Volvió a intentarlo. ¡Fracaso absoluto!

- déjame dormir, pesao...

Para colmo comenzó el temido dolor de espalda. ¡Maldita ciática!

Mariano se echó sobre su lado, colocó un cojín por debajo de su cuerpo, y puso la radio.

En la Ser hablaba una mujer de su marido y de su afición a los toros y al fútbol. Ella echaba de menos su antigua pasión por el sexo.

Otra de mi quinta – pensó mientras cambiaba el dial.

En la COPE estaban rezando. ¡Joder, si eran las cinco de la madrugada! ¿es que estos curas no paran? ¡Claro, como no pueden follar!

En Onda Cero hablaban de política. Uno del PP criticaba a otro del PSOE, y el del PSOE se defendía atacando al del PP... ¡Me aburro!

Fue finalmente Radio Marca la que le hizo relajarse. Hablaban sobre el triunfo del Barcelona sobre el Real Madrid. Los del Madrid hablaban del buen partido de su equipo, y los otros de que su equipo no necesitaba jugar bien... que lo importante era ganar.

¡Cómo cambió el discurso de todos en tan poco tiempo!

Cansado de oírles – además era la repetición de la tertulia que había estado escuchando mientras regresaba a casa – encendió la luz y pensó en recuperar el libro que había dejado a medias, hacía ya... ¿cuántos años?

¿Y dónde estaría ahora ese libro? ¿y cómo se llamaba?...

Era algo de un código, pero no recordaba el nombre. Lo que sí recordaba era de que era en París, en el museo ese que había allí, ese que tenía el cuadro de la menina esa que sonreía... y mataban al conserje y lo dejaban por el suelo, con toda la sangre desparramada...

¡Joder! ¿cómo se llamaba?

Mejor coger otro, pero ¿dónde tiene esta mujer los libros?

Qué manía de ordenar todo.

Echando un vistazo a la mesita de ella observó el libro que ella estaba leyendo.

PARA SER MUJER TIENES QUE SENTIRTE, ANTE TODO, PERSONA - ya el título le aburría, y prefirió no perder el tiempo en cogerlo.

Seguro que es otro libro del Paco Coelo ese. La tiene “chalá” perdía.

Aburrido, sin saber qué hacer y con menos ganas aún de levantarse, intentó encender la televisión que tenía junto a la cama.

Por más que apretó los botones del viejo mando, al que le faltaba la tapa de las pilas en la parte trasera, la televisión no se encendía.

¡Joder! – exclamó, al recordar que no tenía pilas.

Sacó un pie de las mantas y tanteó el terreno. El suelo estaba congelado, pero es que el ambiente ahí afuera era igual de gélido.

Mejor quedarse allí adentro y pasar de la tele.

¿Y si la encendía pero se aburría y quería cambiar de canal, y si le apetecía cortarla?

Tendría que volver a levantarse, y eso no compensaba.

Abriendo el cajón de su mesita de noche empezó a sacar cosas que por allí había escondidas desde hacía no sabía cuánto tiempo.

Miriam le decía, día tras día, que lo vaciara, que ella no pensaba hacerlo. Y la muy condenada, cuando algo se le metía entre ceja y ceja...

A cabezona no le ganaba nadie... Ni siquiera el subcampeón del mundo, que era él.

Primero encontró una tarjeta de su hermano, de cuando trabajaba en seguros, y de eso hacía ya más de cinco años... o seis.

A lo mejor iba siendo hora de llamarlo y preguntar por la familia. Además, ya pronto sería Navidad y se verían, y, una vez más – y sin falta de razón – volverían los reproches de siempre.

Nunca llamas... parece que no tienes familia... ¿es que no tienes teléfono?...

¡Qué pesados!

Buscando entre bolsas de caramelos vacíos – había muchos más de los que él mismo creía haber comido – encontró también varios tornillos de no sabía bien qué.

También encontró varias llaves raras, de esas que sirven para montar todos los armarios de Ikea. Esa, sin duda estaba allí desde el día en que montó la cómoda. Y de eso hacía ya... ¡Como para acordarse!

También sacó dos pañuelos, uno rosa y otro azul, ambos con sus iniciales bordadas. Uno estaba perfectamente planchado. El otro arrugado y con restos de mucosidades secas y duras que hacían que el pañuelo pareciera un cartón sobre el que podría escribir si así lo quisiera.

Tanteando encontró una vieja tarjeta del videoclub que había bajo su casa. También hacía ya al menos dos años que lo cerraron.

¿Qué más hay por aquí? – se preguntó, tanteando a ciegas, como si se tratara de una caja sorpresa de la que tuviera que sacar su premio.

Lo siguiente que encontró fue un plástico vacío. Parecía también de caramelo, pero era más grande y más duro.

Al sacarlo comprendió que se trataba del envoltorio de un condón, marca Durex. Al mirarlo bien observó que caducaba en cinco días.

No supo cuándo lo utilizó pero, al menos, le hizo sentir bien el saber que no se iba a caducar. Solía ser lo primero que pensaba al comprarlos en el supermercado.

Siguió rebuscando con ayuda de sus dedos y encontró varios lápices de Ikea, de esos pequeñitos y de madera que no podía evitar coger siempre que iba, aunque luego acabaran en ese cajón, en la guantera del coche, o en el bolsillo de su chaqueta.

¿Qué más hay por aquí... qué más?

Una caja de cartas. Las contó todas. Eran de Heraclio Fournier – nada más y nada menos - y parecían sin estrenar. Faltaba el rey de copas y el cuatro de bastos. ¡Mierda!

Al menos estuvo entretenido un buen rato, colocándolas por palos, y contándolas.

Después encontró varias entradas de fútbol. Todas de hacía ya varios años. Una era de la época de Butragueño, de un partido contra el Barca. La otra era de los galácticos.

También era el Barca el contrario.

Una valía cinco mil pesetas. La otra, sesenta euros. ¡Malditos euros... cómo nos han engañado con ellos!

Siguiendo con su exploración encontró una vela y un mechero. También una cajita de cigarros de la boda de un tal Javier y una tal Estrella. ¿Quiénes coño serían?

Seguramente unos primos de su mujer, que tenía más familia que Bin Laden ¿y seguirían casados?... ¿y cuánto gastarían en el regalo?

Sus dedos volvieron al cajón y toparon con algo extraño, como circular, y blando, pero pequeño. En uno de sus lados había una especie de cápsula dura y tenía una especie de botoncito.

No acertaba a averiguar qué era.

¡Coño! – exclamó al pulsar ese pequeño y fino botoncito y notar cómo la cápsula vibraba velozmente.

Al sacarlo lo observó sonriendo. Era un anillo mágico, para estimular el clítoris de la mujer. Ríete tú del anillo mágico del señor de los anillos.

Recordando cuando se lo regalaron unos amigos, en plan de coña, sonrió. Ese anillo le hizo pasar un buen rato. ¡Y a Miriam ni te cuento!

¡Y todavía funcionaba! – pensó sonriendo. No tardó mucho en ocultar la sonrisa.

El reloj no avanzaba. Aún quedaba mucho para que llegara el día, y tenía que hacer algo para vencer ese hastío.

Volvió a abrazarse a su mujer, besándola en la cabeza, de largo pelo alborotado.

Sus manos empezaron a recorrer la longitud de su anatomía, y empezó a pensar que quizás podrían volver a probar aquel anillo que tan bien les hizo sentir.

Lentamente fue acariciando las piernas de su mujer.

No le vendría mal una buena sesión de depilación – pensó mientras su dedo iba deslizándose, intentando sortear el vello que iba encontrando.

Ya estaba sobre sus rodillas, y empezó a acariciar esos ansiados muslos.

Seguían siendo igual de calientes y amenos, y, sobre todo, reconfortantes.

No pudo evitarlo y apretó sus dedos contra esas carnes calientes, lo que hizo que ella suspirara y se moviera. Al menos no dijo nada. Esa era otra buena señal.

Su mano ya llegó hasta su braga, pero no pudo entrar como hubiera querido. Estaba tan apretada a su cuerpo que parecía imposible meter siquiera un dedo, y siguió deslizando sus manos por encima de la tela, llegando a su vientre, por donde paseó hasta llegar a sus dormidos senos, que, como siempre, dormían desnudos de sujetador.

Sus carnes ya no eran las de antes. Tampoco lo eran las suyas propias, pero siempre le habían gustado esas turgencias, y, sobre todo, esos pezones grandes que siempre tardaban mucho en despertar.

Fue cuando intentó acariciarlos cuando ella volvió a despertar, sobresaltada.

- ¿Qué estás haciendo? – preguntó de malos modos, como solía hacer cuando la despertaba a una hora no acordada

- ¿no te lo imaginas? – dijo él, con una voz tan socarrona que a él mismo incomodó, intentando besar su cuello – hace mucho que no lo hacemos, cariño...

- déjame dormir. Estoy cansada – dijo ella girándose violentamente y mostrándole la espalda, cubriendo de nuevo los senos con ayuda de sus codos

- pues mira como estoy yo – dijo, cogiendo la mano de Miriam y llevándola hasta su pantalón

- eres un cerdo – dijo con la voz aún dominada por el sueño, y alejando la mano

- no soy un cerdo. Es marianín, que ha vuelto a la vida... como Lázaro. Pero chica, mira como está – y volvió a llevar la mano a su entrepierna

- que me dejes en paz... pareces un crío

- cariño... ¿cuánto tiempo hace que no lo hacemos?

- ¿el qué? – preguntó con tono cansado y de hartazgo

- el amor... ¿qué va a ser?

- déjame dormir, y déjate de tonterías

- hace ya más de un año que no lo hacemos

- por algo será – dijo ella, siempre con los ojos cerrados

- ¿ya no te gusta hacerlo conmigo?

Su silencio fue más claro, y doloroso, que cualquier respuesta que hubiera dado.

- Deja que te la meta, venga – dijo de nuevo, intentando convencerla, haciéndole de nuevo la sillita, como hacía cuando eran jóvenes

- que no, pesao. Anda, vete a tu lado y déjame dormir

- ¿y qué hago ahora con ella? Mira qué triste está

-por mí como si se estrangula. Déjame dormir, anda

- pobrecilla, mírala. Si parece una especie en extinción

- que me dejes – su tono de voz ya denotaba más hartazgo

- en serio, ¿qué hago con ella? Quiero meterla

- ¿y por que no te la metes en un tarro de formol para tu otra vida? – fue lo último que le dijo, antes de darse la vuelta y dejarle con la miel en los labios.

- ¿Me vas a dejar así? Para una vez que estoy dispuesto...

- pues guarda las ganas para otra vez... o mejor, para ordenar el trastero.

Mariano se quedó mirándola, y pensó en aquella mujer, joven y bella que se desvivía por él, por sus caricias, por sus abrazos, incluso por sus silencios.

¿Dónde estaba esa mujer? ¿Y quién era esa otra que la había devorado, haciéndola desaparecer completamente?

Un sonoro pedo se encargó de silenciar y oscurecer más aún el extraño momento vivido.

Y no solo fue sonoro.

-¡Dios... ¿qué has cenado?!

Por fin llegó la hora de levantarse. Aunque aún fuera de noche.

Joder con la tía, pensó, aún con el recuerdo de ese nauseabundo olor, mientras se daba una ducha fría y despedía a su viejo amigo marianín.

-En fin... a lo mejor tenemos suerte y volvemos a vernos.

Aprovechando que aún estaba allí con él su mente se alejó de allí y pensó en esa nueva secretaria que le habían recomendado... para todo.